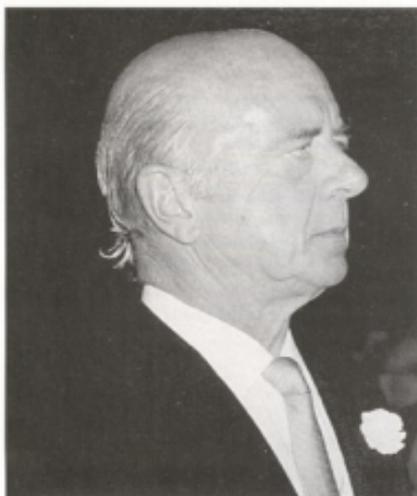


Julio Roca Rivarola

Dr. Raúl Korman



Cuando ingresé como residente de Cirugía Pediátrica al Hospital de Niños "Ricardo Gutiérrez", conocí a Julito, quien era el jefe de Servicio en la sala 10, actual unidad 16. Durante mi residencia, completadas mis rotaciones, sentí que había sido en su sala donde me había encontrado más cómodo, con mayores afinidades con el grupo de cirujanos que allí actuaba. Le pedí entonces quedarme y que fuera mi padrino para una beca de investigación.

Mi presencia en su Servicio se prolongó durante 5 años, de donde pude ampliar mi formación, aprovechando la experiencia de los cirujanos de la sala, dejando en mí una vivencia llena de aprendizaje y de anécdotas.

Así comenzó una relación con Julito que duró 25 años. Los comienzos fueron trabajando en el servicio, dialogando por los temas de la beca, pero básicamente viendo su capacidad médica y su calidez y dedicación para con los pacientes. Desde entonces es que

nació en mí hacia él un gran respeto en lo profesional. Con el transcurrir del tiempo, pasé a ser su ayudante en la actividad privada, lo que permitió agregar una relación humana más cercana e intensa entre ambos.

Puedo decir que había amistad y afecto tácito, aunque nunca lo mencionábamos entre nosotros, era así de hecho. Julio tenía fama de tipo duro, que mostraba una actitud de distancia con los demás, pero era muy inteligente, sensible, con una gran capacidad de observación y en lo profesional era un destacado cirujano y un gran clínico quirúrgico. Nunca le interesaron los títulos ni los galardones. No era Profesor, pero sí un gran docente.

Por distintas razones en 1978 ambos nos alejamos del Hospital. A partir de entonces, tuve la suerte y el privilegio de participar más activamente a su lado en toda su actividad profesional, lo que permitió entre nosotros, un enriquecedor intercambio de experiencias, donde casi cotidianamente improvisábamos un ateneo con presentación de nuestros casos. Por supuesto que la gran experiencia de Julito, que siempre siguió siendo mi jefe y consultor, me sirvió de control en la atención de mis pacientes.

En esos tiempos pude acceder a muchos de sus apuntes, con esquemas de las operaciones que él había realizado, donde aparecían con lujo de detalle las maniobras útiles y las dificultades que se podrían evitar al repetir el procedimiento. Esta actitud minuciosa de analizar el acto quirúrgico es a mi entender una parte esencial de la tarea artesanal del cirujano, o sea el proceso de visualizar previamente el esquema tridimensional del procedimiento en nuestra mente, con el detalle de los pasos a seguir; pero también revisando con posterioridad la eficacia de la técnica y las dificultades que hubieran aparecido.

Hoy sin duda contamos con mayor tecnología para la obtener imágenes y reproducción de cirugías, pero la actitud mental en un buen cirujano se reitera a través de la historia. Me vienen a la memoria los dibujos de Alejandro Posadas, de sus operaciones o un artícu-

lo de Alberto Peña hablando del arte de la cirugía. Julito pertenecía a ese grupo de destacados artesanos.

Pero seguramente quienes lo conocieron saben que él además se destacó mucho como un brillante clínico quirúrgico y este dato era muy sabido por los pediatras de su generación, quienes confiaban en su capacidad diagnóstica y de su precisión en las indicaciones de una cirugía

A su lado, viendo su forma de evaluar a los pacientes recibí tal vez la más importante lección de Medicina que trato permanentemente de no olvidar: para un buen médico lo importante no es la medicina, sino el paciente. Este principio lo cultivó Julito en forma permanente.

Cuando uno tiene esa actitud como principio básico, pone todo su esfuerzo en dirigir su diagnóstico y los tratamientos no sólo para curar, sino también para brindar ayuda, pensar en la calidad de vida, dar continencia a la familia, tranquilizar a los niños. Esta filosofía de la actividad médica fue una virtud que en Julito potenció a su conocimiento científico.

También tuve divergencias ideológicas con Julito, pero siempre respetamos nuestras ideas. Nuestra relación transcurrió en años que no fueron precisamente de paz y tranquilidad ni en lo político, ni en lo social y ni en lo médico, pero que nunca condicionaron nuestras conductas.

Una de las últimas imágenes que me quedaron grabadas fue el cariño que sus nietos le profesaban, lo que demuestra que en realidad lo de duro y distante era una imagen superficial, pero que de su interior nacía ese poder de comunicación, en especial con los niños, a quienes él les dedicó gran parte de su vida.

Debo rendirle un profundo y cálido homenaje a Julito, con quien compartimos intensamente una etapa de nuestras vidas, que no sólo en la actividad quirúrgica, sino que la relación se extendió en muchas áreas, lo que me permitió descubrir en Julito a un ser humano de una gran riqueza intelectual y ética, que logró dejar una profunda huella entre quienes lo conocimos bien.